

vierte sobre la asombrada Italia, que lo recibió extática y de rodillas, como don del cielo, el infinito tesoro de la ciencia, de la poesía, del arte que la sublime Grecia acumulara durante tantos siglos de constante y divina inspiracion; la filosofía tuvo nueva y poderosa sávia, la poesía inspiracion fresca y robusta, y el arte modelos acabados y bellisimos. Puede decirse que Grecia, pero la Grecia de Fidias y de Platon, se trasladó á Italia, viviendo allí nueva vida, con su Olimpo, con sus costumbres, con sus academias, con su filosofía, con las formas poéticas de su culto, con sus eternos arquetipos de la belleza, prestando fecundo calor á la civilizacion de la espirante Edad-Media, é infundiendo su poderoso y vivificante hábito en aquella sociedad. Bembo y Sadoletto contemplan extasiados aquella civilizacion; Rafael la cristianiza en sus cuadros; los Médicis hacen de Florencia una ciudad pagana; y Alejandro VI, Julio II, y Leon X llevan á Roma el génio helénico, é infunden su espíritu, su espíritu pagano, en todas las inmortales obras de arte ejecutadas durante sus pontificados; resucitan las saturnales en las brillantes fiestas con que escandalizan el universo, y mezclan los ritos paganos con la liturgia católica. Parecía como si fuera á derrumbarse el mundo cristiano, y sobre sus ruinas vagase la sombra de Juliano presidiendo la restauracion de los antiguos dioses y la filosofía platónica.

Aquel brillante período de renacimiento social y artístico, fué tambien el reinado en Italia de la mas desenfadada prostitucion, y de la mas opresora de las tiranías. Aquella raza de los Médicis tan artista, protectora de Lácaris, levantada por sus riquezas y por su talento, desde las operaciones de la banca al gobierno de su país, mató las libertades florentinas, rompiendo con una mano su constitucion republicana, mientras que con la otra alzaba magníficos palacios, suntuosos templos de arte, y remuneraba espléndidamente las letras. Por entonces imperaba en Roma una familia española, la familia de los Borgias, famosa por su génio, por su ambicion y por sus crímenes. Alejandro VI, su jefe, el amante de la Vanozza, aquel papa artista protector de las letras y de las artes, soñaba con un pontificado que dominase al mundo con el triple imperio de la religion, del arte y de la espada, como si fuera posible la alianza de estas tres ideas, y como si la espada sentara bien en manos destinadas á empuñar el báculo, simbolo de la paz; su hijo César, aquella sombría figura armada siempre del puñal y del veneno, acaso el talento político y guerrero mas grande de su época, aspiraba á la concentracion en sus manos de todas las soberanías de Italia poniendo para ello en práctica la política de su contemporáneo Maquiavelo; y Lucrecia, aquella mujer de tres maridos, aquella querida de tantos

amantes, tan llena de génio, llevando el culto del arte hasta en el desenfreno de sus pasiones, amada hasta el delirio por Bembo uno de los escritores mas inspirados de su siglo, viviendo solo en medio de los mas impuros placeres, tal vez tambien pensaba en la dominacion universal por su génio y por su hermosura. Apenas puede concebir la mente la prostitucion estendida por todas las clases de Roma, bajo el imperio de esta familia de incestuosos, adornada de tan brillantes cualidades, y rebajada por tantas impurezas y tantos crímenes. La Roma de los pontífices, habíase convertido en un inmenso lupanar, en un vasto mercado donde todo se vendía: desde las caricias de las cortesanas, hasta las indulgencias; desde las bendiciones, hasta la honra; desde la vida de los individuos, hasta la vida eterna.

Mas hé aquí, que un dia y en una iglesia de Florencia, se alza una voz protestando contra toda aquella degradacion, clamando á los cielos por la religion vilipendiada, por las costumbres prostituidas, por la moral ultrajada, por el arte rebajado y por la libertad arrancada al pueblo. Aquella voz era la de un humilde fraile dominico llamado Gerónimo Savonarola. Afijido su espíritu con el espectáculo de Florencia tiranizada por los Médicis, y de Roma prostituida por los Bórgias, sintiendo en su alma todas las amarguras de su tiempo y todos los padecimientos de su pueblo, comenzó á predicar, ardiendo en santo entusiasmo, la reforma de las costumbres y el reinado de la libertad en esa hermosa Italia, tan desgraciada siempre, tiranizada por todas las tiranías, y víctima siempre de todos los despotismos. Heredero de la mision de Arnaldo de Brescia y de Nicolás Rienzi, creía que le estaba encomendada la de salvar su pátria implantando en ella la antigua República. Su voz tronaba contra los abusos, contra la opresion, contra el rebajamiento de la moral cristiana y la torcida interpretacion dada al Evangelio. Su voz vibraba en la conciencia popular con santas vibraciones, como siempre vibra la voz de los redentores; su palabra dulce y llena de las mas tiernas modulaciones resonaba en todas las almas; su elocuencia predecia acontecimientos que se realizaban. Aquel sublime grito de redencion y de libertad que salió de sus labios, conmovió al pueblo haciendole ver la dorada tirania que sobre él pesaba, dándole la conciencia de su triste condicion, y disponiéndole á levantarse, ardiendo en santa cólera, contra sus tiranos. Inmediatamente formose en derredor del santo apóstol un inmenso partido de espíritus entusiastas, avergonzados de aquella degradacion que sumia á Italia en el cieno de las mas repugnantes impurezas, y compuesto en su mayoría de jóvenes, pues siempre la juventud es tierra preparada para que en ella germine la se-

